DOS OBRAS DE ARIAS MONTANO

Las postrimerías del Renacimiento, a las que se acostumbra llamar Manierismo con una diferenciación tal vez demasiado puntual, presentan nexos y reacciones ideológicas y espirituales con los años antecedentes en una conexión dialéctica más estrecha de la que se verifica en otras épocas.

La cosa es obvia, si se considera que el núcleo cultural y espiritual queda siempre el Renacimiento con sus proyecciones filosóficas y sus perspectivas artísticas; sin embargo, los desniveles que dificultan la síntesis historiográfica denuncian la variedad de las contingencias y de las crisis espirituales. Por esta misma razón, esos desniveles son los puntos focales de una investigación que pretenda ahondar el diálogo entre el autor y el lector en el marco de las sugerencias derivadas de las experiencias antiguas.

Uno de los nexos más interesantes y discutibles entre el primero y el último Renacimiento, entre Reforma y Contrarreforma, y, en fin, entre el autor antiguo y el lector moderno, es el del biblismo. El problema, conocido ya y aclarado por varios estudios, sigue presentando muchas facetas interesantes en parte por su origen algo confuso por las ideologías con las que se puede relacionar, y en parte por sus consecuencias propiamente artísticas. Dentro del problema yo me voy a limitar a un solo autor, Arias Montano, y, dentro de su abundante producción, a dos obras que no son las más famosas, pero que se me han presentado como muy indicativas: los *Humanae salutis monumenta* y los *Aphorismos sacados de la historia de Publio Cornelio Tácito*.

Hombre hispánico hasta el meollo, pero también lleno de curiosidades cosmopolitas, Arias Montano dedica la mayor parte de su actividad a la investigación bíblica, dejando que en la otra parte se manifieste clara y abiertamente su interés por la realidad que le rodea. Nace, pues, casi instintiva la pregunta de cómo las dos actividades están relacionadas entre sí y de cómo se expresan literariamente.

Conviene apuntar inmediatamente que hasta la producción más especializada tiene un matiz humano puesto que «*elaborandum est nobis, ut quod quisque donum a summo illo rerum omnium opifice acceperit, id et diligenter et fideliter cum caeteris communicet*».

La primera obra, *Humanae salutis monumenta*, realiza este principio de una manera casi desconcertadora. El gran maestro de la exégesis bíblica

se sirve ahora de su sabiduría y de sus conocimientos de lo actual para una obra compósita en su forma expresiva, y que está caracterizada por un evidente esfuerzo de síntesis. Utiliza los encantos del todavía joven arte tipográfico para presentar una serie de grabados, cada uno con sus «subcripciones» y con su oda que resulta ser más una plegaria relacionada con el grabado que una explicación de éste.

Se trata, a primera vista, de un empleo de la técnica de los emblemas aplicada a asuntos religiosos; pero esto no extraña demasiado recordando la difusión de la obra de Alciato en España. Lo que sí extraña más son los versos de invocación que encabezan la obra y que están al frente del magnífico grabado de Cristo:

Ponimus exiguis memoranda exempla tabellis,
 Consilium et summi per tua gesta patris.
 Annue, dum pictura oculos, auresque canendo
 Pascimus, impleri numinis usque tui.
 Tunc dabitur miranda animis arcana videre,
 Creditaque humanam vincere forte vicim.

Es decir, que Arias Montano se da exactamente cuenta de los distintos lenguajes que emplea y que, por medio de ellos, quiere lograr un efecto especial.

De manera más explícita aún y que no deja lugar a dudas, se expresa el editor Plantino en su prefacio al libro, distinguiendo una parte que llama «arquitectónica» y una poética. Subraya que los versos incluidos en el grabado no pueden derivar de ningún estilo retórico, sino que deben «suis numeris et definitionibus, hoc est architectonic constare» y que, en cambio, la parte poética «proponit et describit quae nullo picturae artificio effingi possunt, ut sunt voces, orationes, animorum corporumque motus omnes et cogitationum studiorum formae».

En efecto, Arias Montano emplea contemporáneamente los medios expresivos que puedan atraer vista y oído, y, a través de la vista, el pensamiento, que se fija así instintivamente en la sentencia que encabeza el grabado y que sirve para dar la pauta esencial de las ideas desarrolladas por la parte destinada a la lectura. Desde luego, emplea medios exquisitamente artísticos: los grabados son preciosos y los versos bien hechos. Este refinamiento de los medios empleados es otra de las sugerencias que, casi inadvertidamente, deben influir en el lector, si de lector puede hablarse respecto a un libro que se encomienda al sonido y a las imágenes. Casi se podría hablar de un espectador de obra teatral, si aquí entrara en juego también el lenguaje de la acción. De lo que cabe hablar, en cambio, es de

la emoción provocada por la rapidísima evocación de una fábula ya conocida. La imagen del grabado reanuda un coloquio con algo bien sabido, pero del que, ahora precisamente, se entiende el significado más recóndito y deslumbrante. Así que, en conclusión, tenemos una serie de módulos expresivos cuyo esquema puede ser el siguiente:

1.º Medios directos: grabados, versos, lemas;

2.º Medios indirectos: elementos fónicos, cuentos bíblicos, meditación moralizadora, adquisición de una vriedad.

La repetición constante de estos medios podría restar interés a la obra; pero Arias Montano debía confiar también en la variedad de los asuntos, en la belleza de los grabados y en las distintas inflecciones proporcionadas por la variedad métrica que emplea. Así que cada «tábula» queda como un monumento aislado, pero también unido a los demás por una suerte de progresión histórica que va desde la caída de Adán y Eva hasta el Juicio universal. Lo que quiere decir que se trata de una visión de conjunto de toda la vida humana —sensible y ultrasensible— hecha por medio de una serie de emociones oportunamente graduadas y **correlatas**.

El empleo contemporáneo de distintos lenguajes inclina a hablar más de emociones que de meditaciones, puesto que falta una progresión analítica de los elementos que permita el desarrollo del pensamiento del lector, y puesto que todo viene presentado en un conjunto muy rápido, siendo limitado al tiempo que se emplea en la lectura de la oda, la cual no supera nunca una página. Ahora bien: esta emoción es, precisamente, la que hace falta analizar más detenidamente, siendo el intento y el eje principal del libro.

Resulta evidente que no se trata de una emoción puramente estética. Los elementos estéticos están empleados como medios y no se ciñen a la evocación de una belleza que es fin a sí misma. Tampoco se puede hablar de un efecto religioso en el sentido más estricto de la palabra, puesto que hasta la figuración del sacrificio del Calvario está encabezada por un lema que conduce directamente a la significación más humana de la Crucifixión:

*Infamis suaveis fructus haec sustinet arbor
Quae vitae possunt commoda certa dare.*

Y si con todo esmero se siguen las distintas «tábulas», siempre quedará patente el propósito y el afán de volver a la humanidad cuya historia y características esenciales se van escudriñando para que resulte evidente el pasaje de las tinieblas a la luz de la verdad, por medio del ascenso espiritual. Es, en conclusión, una historia del género humano en unión con

la divinidad que le rige y le guía; una divinidad siempre presente y que se ha evidenciado en las ocasiones más significativas. Es también el medio para que se vuelva inmediato y posible el diálogo con Dios, así que se pueda decir: «Non gladio aut numero, non vi, sed numinis alti consiliis certis vincere magna datur». En ese estremecimiento del alma humana frente a lo trascendente es lo que Cassirer llamaría la formación del mito. Y precisamente en esto veo el sentido último de los *Monumenta*: en haber querido y sabido subrayar dentro de la ortodoxia tradicional la fuerza primaria del mito por la que no se puede hablar de moralismo o de ascetismo y tampoco de misticismo, sino más sencillamente y, a la vez, más profundamente, de los valores esenciales que están en la base de todo lo humano que el Testamento Antiguo y Nuevo documentan con toda claridad.

Si es verdad que el valor emocional antecede la reflexión como la fijación de la imagen es anterior, por lo inmediato y global, a la lectura de los versos, hay también que tener en cuenta que en la visión del grabado aflora sintéticamente todo un episodio bíblico que constituye la parte propiamente narrativa del mito. La Biblia, el gran libro de la antigüedad, representaba la gran mitología del pueblo cristiano, y la única también que podía oponerse a una mitología gentilica por su adhesión a los problemas fundamentales de la humanidad en relación con una época en la que los acontecimientos primordiales ataban con vínculos más apremiantes al hombre con la naturaleza y con el Creador.

Algunos modernísimos trabajos ponen de relieve los elementos mitológicos de la Biblia y la relación particular que se establece entre el lector y el texto sagrado. Esas investigaciones, riquísimas en sugerencias fascinadoras, afianzan mi tesis sobre los *Monumenta* de Arias Montano, pero, como es natural, la diversidad de intentos no me permite ahondar el problema en una disquisición que ahora podría resultar pesada. A mí me urge un asunto más limitado, pero más angustioso: precisamente el de averiguar hasta qué punto una visión, digamos, mitológica de la Biblia, podía amoldarse a los intereses humanos y culturales de Arias Montano, es decir de un sacerdote del siglo XVI que había sido austero hasta el frenesí y, sin embargo, interesado por la múltiple visión del mundo que sus viajes le habían permitido.

Arias Montano pasó parte de su vida sumido en los estudios bíblicos. Los *Monumenta* aparecen en 1571 es decir cuando el autor estaba metido en la gran tarea de la publicación de la *Biblia Poliglota* (entre 1569 y 1573): nadie mejor que él podía manejar este material desde todos los puntos de vista, pues su labor no había conocido límites, abarcando la preparación

retórica al par que la filológica y arqueológica. Ahora bien: si en los cuatro libros de su *Retórica* (cuya primera edición es de 1569), es decir ante de los *Monumenta*) se pueden rastrear los conceptos estéticos que amplían la visión renacentista por una más aguda y, a veces, atormentada concepción del problema de la expresión, en el estudio sobre los *Communes et familiares hebraicae linguae idiotismi* (que aparecen en el tomo VII de la *Biblia*, pero que por su importancia merecieron una edición aparte, la de 1572) el mismo problema de la expresión adquiere una trascendencia abrumadora. La comunicación se entiende como una manifestación del espíritu correspondiente a un «*afflatum*» casi divino, asociándolo a los grandes medios que acercan el hombre a la divinidad. El hebraico, la lengua del pueblo escogido por Dios, tenía todas las virtudes para expresar las grandes verdades que el mismo Dios había dicho por sus profetas, y debía ser entendido en sus más pequeños matices que podían esconder verdades siempre más profundas. Los métodos de la filología humanística han adquirido completa ciudadanía en España, y casi como lógica consecuencia se impone la importancia de escudriñar los textos antiguos con la intención de penetrar también en el fondo de la civilización misma que los ha producido. Ahora no se trata de hacer una *Biblia Romanceada* sino, al contrario, volver lo más exactamente posible a la integridad de su texto. Se hacen patentes, pues, las dificultades que se encuentran al verter el texto sagrado del hebraico al griego o al latín por la casi intraducibilidad de algunas expresiones que forman parte de otra concepción lingüística. Y el hebraico adquiere poco a poco el sabor y el carácter de la lengua que mejor sabe expresar la verdad, eso es el «*verbum*», identificándose casi con la palabra de Dios y escondiendo en sus matices las más finas y recónditas posibilidades de interpretación. En lengua hebraica fueron dichas las grandes verdades que sustentan las reveladas por el Evangelio y que constituyen la gran historia mitológica de la humanidad entera. La mitología gentilica aparece como el traslado humanizado al cien por cien de la misma y más grandiosa mitología bíblica, y, por consiguiente, no tiene, como la Biblia, el apoyo de la misma Revelación para afianzar la validez de sus interpretaciones. Esa idea de armonía que Platón había sabido captar y traducir en un sistema filosófico y, por ende, valuable con la inteligencia humana, tenía matices más trascendentes que se podían medir con una iluminación, también ella de origen ultraterrenal, que podía llamarse también intuición, si con esta palabra puede entenderse la ayuda relampagueante del mismo Verbum traducido cristianamente en el misterio del Espíritu Santo, pero que había sido vislumbrado ya por el orden trinitario de las más antiguas religiones. Esta armonía se manifestaba en el

paralelismo que se podía fácilmente verificar entre las fundamentales concepciones de la Biblia y del Evangelio, y era la misma armonía que ese experimentaba en todas las manifestaciones del Universo, por poco que se las examinara con la quietud de un alma desapasionada y serena. Venía a ser, por consiguiente, también el ideal más apetecido cuyas manifestaciones se podían verificar en la ciencia como en el arte apoyándose en el sentido de una comunicación cariñosa, sosegada y atenta. El conocimiento psicológico en la tal comunicación se da casi por descontado, puesto que la voz de la verdad se escucha en la intimidad personal que es el resultado del conocimiento de su propio yo, así como el interés por el detalle forma parte del moroso examen de todo lo que nos rodea, reflejando incansablemente, en diferentes tonos, las misma voz y la misma palabra.

La documentación de todo esto se encuentra bastante fácilmente rastreando las obras de Arias Montano o las de Fray Luis de León. Sea suficiente ahora, por necesaria brevedad, recordar el prefacio de la *Biblia* en donde estas teorías se encuentran expresadas bastante sintéticamente, o el *De optimo imperio* en que, en cambio, se explican muy detenidamente.

Pero, todavía hay más. Particularmente interesantes me parecen los *Aphorismos sacados de la historia de Cornelio Tácito*.

El libro, publicado póstumo en Barcelona en 1614, escrito en castellano contrariamente a la gran mayoría de las obras montanianas, a primera vista da la sensación de ser un falso. La idea se corrobora si se cotejan los aforismos de Arias Montano con los textos de Tácito tan puntualmente citados y tan lejos de representar la efectiva fuente de la obra que, en conclusión, más parece un centón de sentencias políticas que un resabio de cultura humanística. Pero el libro se afianza en la tradición que en el mismo «corpus» montaniano se manifiesta bien arraigada, pues en 1592 se publicó el *De varia republica* y al año siguiente el *De optimo imperio*. El asunto entraba por completo en los intereses más destacados de la época, oponiéndose a la conocida postura de los jesuitas con los que Arias Montano tenía una honda polémica.

La idea fundamental de todo el tratado es el reforzamiento de la monarquía absoluta. Baste un ejemplo, el aforismo número 11: «No puede permanecer y durar el señorío, en que el Príncipe no sea el absoluto resolovedor de las mayores materias que se ofrecen al estado, sin que tenga superior a quien dar cuenta precisa de lo que hace».

El medio esencial para conseguir el poder absoluto es una extremada prudencia fundamentada sobre el dominio de las pasiones personales y sobre lo que hoy llamaríamos la intuición psicológica de los vasallos ya privados y nobles, ya pueblo menudo.

La esencia de su teoría la explica Arias Montano en el *De varia republica* en donde considera las tres formas posibles de gobierno (democracia, aristocracia y monarquía) para concluir con la celebración de la última que en una concepción histórica piramidal ve como el vértice de una larguísima experiencia. Basa sus ideas en el estudio de los libros sagrados que ofrecen los ejemplos de las tres formas fundamentales de gobierno como podrían hacerlo otros autores; pero, a diferencia de éstos, la Biblia sustenta sus enseñanzas sobre la idea que va más allá de todas las posibles experiencias, eso es sobre la convicción de que Dios es el eje de todo conocimiento humano. Por consiguiente, «Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam; nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam». Hay, pues, en el fondo, el sentido de la inutilidad de la acción humana fuera de una sumisión y concordancia con la voluntad divina. Esta, que no es una ciencia sino la misma sabiduría, da un matiz completamente especial también a los *Aphorismos* que emanan de una posición espiritual casi de superación de las contingencias por medio de una experiencia que no puede derivar sólo de la participación personal en muchos acontecimientos, sino, sobre todo, del perfecto conocimiento de todas las posibles reacciones que inevitablemente irán a verificarse cuando las circunstancias se junten de una manera determinada. Se verifica, por consiguiente, un fenómeno bastante curioso y excepcional: es decir que las normas que en boca de Maquiavelo o del propio Gracián se juzgarían audaces y derivadas de una agudeza de ingenio al par que de un gran sentido político y de una extraordinaria capacidad de expresión, aquí pierden su sabor de ensalzamiento de la habilidad política y viene a ser las sugerencias de una ciencia más espiritual que práctica, que puede desprender su actualidad de los valores más antiguos de toda la ciencia de la humanidad.

Otra vez la Biblia viene a ser el fundamento de las teorías de Arias Montano, pero una Biblia vista a través de una interpretación que yo llamaría más humanística que ceñidamente religiosa. Querría decir que los conocimientos escriturarios viene a ser la base de un sistema ideológico en el que la idea dominante de la unidad del microcosmo humano y de su parecido a la unidad del macrocosmo universal explica también la particular significación del hombre y de su actividad. No es raro, pues, que Arias Montano, que tiene más de atento observador que de hombre metido en la actividad política, sienta la necesidad de dedicar una parte de su labor a la explicación de la política: en su sistema ésta representa precisamente la vertiente aplicativa de los principios más espirituales que encuentra verificables en el momento mítico de la humanidad. El hombre

tiene, desde luego, una importancia enorme, siendo el centro de su sistema microcósmico, al par que Dios está al centro de su sistema macrocósmico. A su alrededor hay la necesidad de la armonía, porque todo se desarrolla bajo el signo de una absoluta y perfecta necesidad, pero es una armonía que no se limita a la constatación del equilibrado desarrollo de las facultades humanas: queda estrictamente vinculada a la superior armonía que se concluye en la unidad de todo el universo.

A pesar de la organicidad de su pensamiento, Arias Montano no tiene la sensación de haber construido un sistema, sino de haberlo entendido tal como estaba, inmanente en las cosas mismas, necesitando sólo esa luz del entendimiento que es más una gracia que una adquisición al alcance de todos. Por eso hay en él el afán de comunicar y explicar lo que a él ha sido posible entender, y por eso hay la necesidad de un enlace al sistema religioso positivo que admita precisamente el estudio de la verdades «reveladas». Se trata, en conclusión, de una posición intermedia entre la filosofía y la religión sabiamente combinando los elementos propiamente fideísticos con los derivados de un proceso intelectual cuyo fundamento esencial es el principio de la analogía. Como entre macro y microcosmo hay una relación analógica, así la hay entre todas las demás manifestaciones visibles. La naturaleza misma aclara este proceso, así que el sabio Montano puede escudriñarlo con admiración en su *Naturae historia*. Así también en la actividad de un rey es posible seguir el hilo conductor que deriva de la perfecta comprensión de las circunstancias y del estado espiritual de los súbditos.

El profundo sentido psicológico que se desprende de los *Aphorismos* es el signo más claro del dominio que viene de la ciencia humana entendida no tanto como suma de conocimientos, sino como habilidad y finura de intuición. La forma misma del aforismo es indicativa de una imposibilidad de proporcionar consejos, sino tan sólo afirmaciones dogmáticas e inexcusables dentro de un sistema que no tiene la validez determinada por la oportunidad del momento, ni la posibilidad de muchas ejemplificaciones anecdóticas, sino más bien el rigor de una consecuencialidad lógica fuera del tiempo y de las circunstancias. El aforismo no resulta derivado de una voluntad de síntesis, ni como el resorte de una inteligencia conceptista, sino como la aplicación pormenorizada de una visión de conjunto: de la síntesis a la aplicación analítica, y no al revés como podría esperarse.

Es fácil de notar que en la obra se encuentran repeticiones de conceptos o la insistencia sobre determinados asuntos que, si se pueden atribuir a una falta de revisión, pueden también indicar el proceso al que aludíamos,

puesto que, no resultando apetecido el brillo de la agudeza ni el deslumbramiento de la novedad, la repetición viene sólo a subrayar la importancia del caso examinado.

La fragmentaridad de los *Aphorismos* es más aparente que real, casi como pasaba en los *Monumenta*: el hilo conductor se impone a través de la multiplicidad de los distintos aforismos, y la figura del rey, tal como la divisaba Arias Montano, resulta puesta en todo relieve. Esta, que podríamos llamar la estructura interior del tratado constituye también el mayor interés artístico del libro, cuyas mejores páginas tienen el mérito positivo de dibujar poco a poco ese monarca ideal, sosegado y firme, austeramente capaz de regir su propio destino y el de los súbditos. Los abundantes detalles influyen en la riqueza de la visión de conjunto. El libro es un «regimen principis» distinto de los antecedentes y de los contemporáneos por estar exento, hasta en sus modalidades expresivas, de toda pasión inmediata, como de un inalcanzable deseo de perfección formal. Metido, y al mismo tiempo alejado de la realidad, Arias Montano alcanza la esencial armonía de un sabio.

Si se quiere, es posible reducir el libro a una proporción matemática cuyos términos, relacionados entre sí, dan una igualdad: Dios es al macrocosmo como el hombre es al microcosmo; Dios es al hombre como el rey es a su pueblo. El mayor interés estriba en la igualdad entre los dos términos de la proporción que sintetiza la idea de la armonía. Esta simetría armónica se verifica también en cada aforismo. Nótese por ejemplo el número 359, escogido al azar: «Los apetitos y vicios del Príncipe de una Monarquía son muy de temer: porque no se refrenando es forzoso que venga a ser causa de la caída de su Imperio, y de infinitos males y miserias públicas y particulares». Dejando aparte el paralelismo formal, los dos términos «príncipe-pueblo» están en una relación tan estrecha que llega hasta la común ruina. Y examinemos otro aforisma más escueto aún: «Con ninguna cosa grangea tanto el Príncipe nuevo el favor del pueblo y asienta su señorío, como con la opinión de clemencia». Aquí también es fortísima la relación «príncipe-pueblo» y si se puede decir que se trata de una «opinión de clemencia» y no de una verdadera clemencia, esto se relaciona con el «favor del pueblo» igualmente lábil e inconsistente.

Dedicado a Felipe II y, como dice el editor, entregado manuscrito en sus manos, el libro de los *Aphorismos* puede ponerse significativamente al lado de las muchas cartas que Arias Montano dirigió al Monarca y a su secretario Zayas. El profesor Ben Rekens que las coleccionó, las pone en relación con la conversión del propio Montano a la secta espiritualista flamenca llamada «La famille de la charité» dirigida por Barrefelt y el

editor Plantino. «Tales hombres (escribe Rekers) —anhelando un ambiente de tranquilidad y rehusando cualquier compromiso político— tratan de establecer un vínculo de cultura al margen del fanatismo que impera en su siglo. Llenos de comprensión para con las ideas modernas —que tanto han temido y de tal manera han rechazado en su forma y expresión revolucionaria, por cuanto que, huyendo de toda ‘política activa’, nunca buscaron el apoyo y el contacto con la masa de sus respectivos países—, han aspirado a ese ideal de tolerancia que solamente pudo realizarse en el siglo xvii, una vez que la conmoción se había extinguido.»

En realidad, la estancia en Flandes tiene gran transcendencia en la formación o, si se prefiere, en la transformación de Arias Montano, pero conviene subrayar el hecho de que frente a las nuevas y extraordinarias experiencias, él haya escogido la vía más incómoda, agregándose a un grupo de humanistas que, como dice el propio Rekers, eran «perseguidos por dos sistemas —tanto calvinista como católico—». Además ¿qué quiere significar ese anhelo de un ambiente tranquilo, al margen del fanatismo? Y ¿qué significa el ideal de tolerancia que informa su actividad?

En el prefacio de la *Biblia Políglota* hay un pasaje muy indicativo y muy bello por su intensa dramaticidad:

«Nemo prudens ac pius non videt, et magno affectus dolore gemit: nullus est etiam caeterorum, quin sentiat atque experiatur, quo in motu temporum, et in quamvis misera rerum conversione et perturbatione versemur; ut in plerisque Europae partibus nec una natio cum alia de religionis rationibus, nec de communi et civili vita ac pace consentiat, imo in eadem regione, in eadem civitate, atque adeo in una eadem familia, quanta sit et sententiarum et studiorum diversitas a verae et simplicis pietatis et charitatis Christianae definitionibus prorsus aliena; quot inter fratres discordiae, inimicitiae, insidiae, contentiones, pugnae, direptiones, expoliationes, fraudes, latrocinia, terra et mari creata pericula, caeteraque mala et incommoda, quae hoc loco persequi supervacaneum omnino sit...»

Y frente a este terrible cuadro hay:

«Unam tantum sapientiam divinam, simplicem, sanctam, sibi que constantem semperque similem, repugnantiae dissentionisque totius expertem...»

No se trata de una tranquilidad obtenida por medio del alejamiento de las dolorosas circunstancias, ni por medio de una resignada pasividad, sino de un altísimo ideal eirénico que se identifica en el mismo sentido de la caridad y que, por consiguiente, no acepta la menor participación capaz de aumentar los contrastes, sino sólo la que se basa en la persuasión. Y ésta sólo puede lograrse con medios culturales y con una perfecta comprensión de las exigencias del uno y otro bando.

Desde luego no puedo entrar ahora en el complicado problema de la heterodoxia u ortodoxia de Arias Montano, pero, ateniéndome al juicio de sus contemporáneos y al de la misma Inquisición que no encontró en él, como no los encontró en Fray Luis de León, los motivos suficientes para un juicio de herejía, me limito tan sólo a subrayar la entereza y la homogeneidad de sus ideas. Más aún me interesa, en este momento, puntualizar cómo, precisamente de este sistema ideológico tan compacto y tan fielmente observado, se desprende la idea de que cultura y conocimiento psicológico (indispensables para el refinamiento de las personalidades individuales y el bien de la humanidad) constituyen también el eje de una concepción estética.

La manifestación artística no tiene una preminencia absoluta, siendo un elemento, pero no el más importante, del universo que se despliega poco a poco delante del hombre por una serie de maravillosas comunicaciones capaces de introducir en el misterio del alma como del cuerpo humano. El arte debe traducir a la par el sentido de armonía y de sustancial sencillez de todo lo creado, siendo lo bello emanación y reflejo de la divinidad. Su finalidad didascálica se acentúa sin que por esto se rebaje al nivel de la divulgación: permanece más bien en el plano de la amistosa comunicación que tiene algún matiz aristocrático en el empleo del latín como en el refinadísimo esmero con que se usa el castellano. Porque la lengua, más que cualquier otro medio, puede traducir ese maravilloso lenguaje de las cosas; pero de la multiplicidad de las manifestaciones de la naturaleza deriva también la necesidad de muchos lenguajes, posiblemente relacionados. No por casualidad Miguel Angel fue pintor, escultor y poeta. En el despliegue de los posibles lenguajes y en su eventual unificación hay un sentido de libertad que es, sobre todo, autonomía espiritual o, si se prefiere, soledad llena de las beatitudes del que nada necesita porque de todo puede prescindir, excepción hecha del coloquio consigo mismo y con la divinidad.

Por esto uno cualquiera de los *Monumenta* de Arias Montano dista muchísimo de un emblema de Alciato y no por la diversidad de asuntos: es otro mundo emocional. El maravillado lector de Alciato al fin y al cabo no es sino un espectador pasivo; el lector de los *Monumenta* es sobre todo un amigo a quien se comunica una maravillosa verdad. Por esto también podía haber conformidad entre la orientación apuntada por Montano y las expresiones renacentistas por lo que se relacionaba con la armonía de la belleza platónicamente entendida, pero las dos directrices se distanciaban por los diferentes contenidos que se vertían en aquellas formas. Si, quedando la idea fundamental de los valores mitológicos, se escogían

los mitos bíblicos; si la república platónica se puntualizaba en una ejemplar monarquía absoluta, esta renovación de contenidos venía a reflejarse también en las formas expresivas que, prestándose al juego, casi se descomponían en sus varias posibilidades por un análisis técnico que las sometía a un empleo más racional que emotivo. La preminencia de los valores de contenido es la que, en realidad, instaura la nueva expresividad del Manierismo, en la que el retoricismo viene a ser la armazón técnica predominante para sustentar la fantasía antes que el sentimiento. En efecto, al aumentar la conciencia del mensaje, aumenta también la conciencia de la búsqueda formal y el examen de los recursos estilísticos. Dentro del estilo, por primera cosa adquiere vigencia la palabra por sus posibilidades semánticas íntimamente atadas a la matización del mensaje; luego, los demás recursos estilísticos cuidadosamente examinados porque, al diferenciarse de la norma del lenguaje corriente, no obstaculicen la claridad del mensaje.

Del cuidado con que se examinan los recursos estilísticos es prueba fehaciente Arias Montano quien no sólo escribió los cuatro libros de la *Retórica*, sino también otra retórica derivada directamente de la Biblia; escribe en latín sacando sus referencias del mundo humanístico del que participaba y al que se dirigía; tiene esmeradísimo cuidado por la métrica y casi el culto de la palabra. No le resulta, pues, difícil dar muestras de un estilo adecuado a la materia bíblica o de uno idóneo a los asuntos políticos, y, lo que más interesa, tiene la capacidad de entender las distintas voces y los distintos niveles que pueden proporcionar la variedad de las interpretaciones.

La ciencia y la conciencia de estos medios son el resultado de todo el complejo mundo interior que Arias Montano fue formándose a través de todas sus experiencias. Si la que derivó de su estancia en Flandes a la vera de su amigo Plantino y de la Famille de la Charité es la más aparatosa, seguramente no es la única, puesto que ni su trabajo de refinamiento espiritual ni su adquisición de la visión eirénica, ni tampoco sus intereses bíblicos hubieran sido posibles sin la larga preparación ascética y cultural que había ido acumulando en sus años de juventud o en su estancia en Italia en donde ya figuraba como una personalidad destacada por sus específicas competencias doctrinales y por su austeridad de vida.

Cuando emplea conscientemente diversidad de lenguajes para alcanzar la emoción que se propone suscitar en el lector de sus *Monumenta*, o cuando simplifica su modalidad expresiva en la sencillez de los *Aphorismos*, muestra los conocimientos psicológicos, la habilidad retórica que son precisos a su amplia visión de la humanidad y del Universo, estando dentro

de un marco artístico nuevo, perfectamente concorde a su interioridad y a su postura ideológica. Sus dos obras casi olvidadas no tienen una significación excepcional en la literatura de su época, pero sí en lo que pueden descubrir relativamente a una orientación del arte y del pensamiento contemporáneo. Tal vez pueden sugerir la senda que lleve al ahondamiento de los problemas que todavía quedan parcialmente insolutos en la interpretación de la obra de Fray Luis de León y en el examen del proceso que llevó al Manierismo.

GUIDO MANCINI

Università di Pisa